

El príncipe Radziville, en su Viaje a Jerusalén, cuenta un suceso muy singular del que fue testigo.

Había comprado en Egipto dos momias, una de hombre y otra de mujer, y las había encerrado secretamente en unas cajas que mandó poner en su navío cuando embarcó en Alejandría para volver a Europa. Sólo lo sabían él y dos criados, ya que los turcos ponen muchas dificultades antes de permitir que alguien se lleve las momias, pues creen que los cristianos las emplean para realizar operaciones mágicas.

Cuando estaban en alta mar, se levantó varias veces una tempestad con tanta violencia que el piloto perdía las esperanzas de salvar su navío. Todo el mundo esperaba un naufragio inminente e inevitable.

Un buen sacerdote polaco, que acompañaba al príncipe Radziville, rezaba las oraciones convenientes para tal ocasión; el príncipe y su corte respondían a ellas.

Pero el sacerdote era atormentado, según decía, por dos espectros (un hombre y una mujer) negros y repugnantes, que le hostigaban y amenazaban con matarle. Al principio se creyó que el terror y el peligro del naufragio le habían turbado la imaginación.

Cuando la calma volvió, pareció tranquilizarse; pero la tempestad pronto volvió a arreciar. Entonces esos fantasmas le acosaron más que antes, y sólo pudo liberarse cuando las dos momias fueron arrojadas al mar, hecho que también provocó el cese de la tormenta.